

SECh: Escribir y vivir en Chile

Simposio sobre «Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile» organizado por el Latin American Studies Center de la University of Maryland. 1-3 de diciembre de 1991.

Ramón Díaz Eterovic

Deseo agradecer al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Maryland la invitación a participar en este encuentro sobre «Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile», que me permite entregar un testimonio sobre la situación del escritor chileno en los últimos años, desde la perspectiva del trabajo desarrollado por la Sociedad de Escritores de Chile.

«Quiero conocer vuestro trabajo gremial y contarlo en Italia, porque sé que es constante, concreto y ancho», decía Gabriela Mistral en una de sus cartas de la década de los años treinta, manifestando su preocupación por esa Sociedad de Escritores de Chile que había sido fundada el 6 de noviembre de 1931.

Desde entonces han transcurrido 60 años, y se puede señalar que el apego y preocupación de los escritores chilenos por la entidad que los representa ha sido permanente. En su labor han intervenido prácticamente todos los escritores chilenos, y entre sus presidentes se recuerda a Domingo Melfi, Alberto Romero, Rubén Azócar, Pablo Neruda, Francisco Coloane, Luis Sánchez Latorre, Martín Cerda y Poli Délano, por nombrar a algunos de los más significativos. En la actualidad, los socios de la SECh son aproximadamente 1400, con filiales en 12 ciudades del país, desde Arica a Chiloé más filiales internacionales en Canadá y Suecia.

La presencia de la SECh en el medio cultural chileno no sólo se entiende por la defensa que de ella han hecho sus miembros, sino, y principalmente, por el papel que ha jugado en las diferentes etapas de su existencia. Su quehacer ligado a la historia social y cultural del país no ha sido otro que destacar el rol del escritor chileno, promover su reconocimiento y garantizar su expresión. Un quehacer marcado por la pluralidad y la unidad en torno a principios y objetivos

comunes. De ese trabajo dan cuenta la existencia del Premio Nacional de Literatura, creado en 1942 a instancias de la SECh; sus revistas institucionales, como *Andes* y *Alerce*; la edición de su colección *Alerce* en la que dieron a conocer sus poemas, entre otros, Jorge Teillier, Raúl Rivera y Juvencio Valle; los premios y concursos literarios instituidos por su gestión; talleres, seminarios, y encuentros, como el internacional organizado el año 1969 en Santiago y Valparaíso, y «Vivir y escribir en Chile», realizado en enero de 1991. Múltiples actividades que han tenido como finalidad la defensa y difusión de la literatura chilena.

La historia de la SECh, en especial durante la dictadura vivida en Chile a partir de septiembre de 1973, no es otra que la historia de los escritores chilenos obligados a crear y expresarse de espalda al miedo, desafiando a censores anónimos y militares de rostros pintados que veían con recelo la literatura, en cuanto ella significaba un referente democrático y el testimonio de una época en la cual las palabras de los escritores fueron como huellas que resplandecen en la oscuridad.

Consecuente con la posición democrática y libertaria que alienta a la mayoría de los escritores chilenos, la SECh se constituyó en 1973 en un espacio de rebeldía intelectual. Y no podía ser de otro modo, ya que el Golpe Militar ponía término a una experiencia política que para los escritores había significado una amplia difusión de su creación, la incorporación de grandes sectores sociales a la experiencia literaria, y el reconocimiento de diversas demandas sostenidas por ellos durante años. La sola existencia de la editorial estatal «Quimantú» permitió que un número considerable de autores publicaran sus obras en tiradas pocas veces antes vistas en Chile, de 25.000 a 50.000 ejemplares, y a un precio de venta que hizo llegar sus libros a un amplio público lector. A lo anterior, y como una muestra del que sería el tratamiento a los escritores en los años siguientes, se vivió en ese año de 1973 la quema masiva de libros, la persecución y exilio de muchos autores, y la implantación de una censura que durante años actuaría como una sombra nefasta sobre la difusión de los creadores chilenos. Ante tal situación no cabía otra actitud que la rebeldía, y ya el funeral de Pablo Neruda a pocos

días del Golpe Militar fue un adelanto de la conducta futura de los escritores.

Desarticulada, al igual que otras organizaciones culturales y sociales en el país, la SECh no tardó en reagrupar sus elementos y procurar que su actividad y presencia no fuese avasallada. Armando Cassígoli, presidente en ejercicio en 1973, y otros miembros del directorio de la época debieron asilarse. En esa situación, el directorio de la SECh se organiza con el aporte de escritores de reconocido afán gremial, y asume la presidencia el escritor y periodista Luis Sánchez Latorre, con la intención de preservar a la SECh como un lugar de encuentro.

«Unidad en la divergencia — señaló años más tarde Sánchez Latorre — era la divisa de la SECh y de la «Casa del Escritor» que la acoge. Bajo tal divisa, no escrita, pero siempre peleada y defendida, desde todos los ángulos, se ha cumplido un largo ciclo de existencia democrática que ha tenido la virtud de exhibirnos a veces como un oasis... Difícil es concebir una casa de este signo sometida al control de la dictadura. En el pensamiento dialógico las dictaduras se deflagran solas. Escribir no sólo es tomar conciencia de nosotros mismos; especialmente es tomar conciencia de los otros».

Con una cautela apropiada a los tiempos, la SECh proyectó la voz de los escritores para expresarse en relación a los atropellos que se vivían. Se crea en su interior una Comisión de Derechos Humanos, a través de la cual se plantean demandas a las autoridades militares acerca de situaciones de fuerza que afectaban a numerosos escritores. En dicha comisión se destacó en una primera etapa, el trabajo de la escritora Mila Oyarzún y de Jaime Castillo Velasco, y posteriormente, también el de Inés Moreno, Jorge Edwards y Jaime Hales. Revisando actas de los años 1975 en adelante, se encuentran hechos que hablan por sí solos del accionar de la SECh. Por ejemplo, su reclamo por la requisición y destrucción del libro **Los asesinos del suicida**, de Gustavo Olate, un desafortunado título para una obra que en nada se relacionaba con los días del Golpe Militar; o la requisición del libro **Muertos Útiles**, de Erich Rosenrauch, también ajeno en su temática a los acontecimientos políticos de la época. Dos ejemplos de los duros palos de ciego que daba la dictadura en contra de la cultura chilena.

También, en esos años se reclamó por la quema de un libro de Gonzalo Drago, editado en septiembre de 1973, y por la suspensión de la revista *Política y Espíritu*. Y no sólo protesta por los atentados a las obras. Además, preocupación por el destino de autores como Floridor Pérez, relegado en la Isla Quiriquina, Aristóteles España, preso en Isla Dawson, Ariel Santibáñez, detenido— desaparecido en la ciudad de Antofagasta.

Los anteriores no son más que hechos rescatados al vuelo. Pero, en su conjunto ellos dan una idea del accionar de la Sociedad de Escritores de aquellos años, y del modo como poco a poco se generó en su interior no sólo una voz de protesta, sino que además un espacio donde comenzaron a darse a conocer las obras de los poetas y narradores que vivían en Chile.

Y no sólo la creación interna, ya que en la SECh siempre se manifestó una preocupación por el destino personal y por la obra de los escritores exiliados. Gracias a las gestiones de la SECh se obtuvo el retorno del poeta Gonzalo Rojas, y se presionó por el ingreso al país de otros autores. En actos y declaraciones se demandó el término del exilio, y se dio a conocer la obra de quienes residían fuera del país. Incluso, y recurriendo una vez más a los recuerdos de Luis Sánchez Latorre: «Proyectamos un gran congreso de escritores a realizarse en Chile en el año 1977. Se comenzaron a mandar comunicaciones a España, Venezuela, Alemania y otros países, y de todos ellos llegaban respuestas de escritores dispuestos a pagarse sus pasajes y viajar a Chile. El entonces Ministro del Interior, Sergio Fernández, promulgó una disposición donde quedaba estrictamente prohibido realizar un congreso de escritores en Chile».

La violencia fue el habitat de los escritores en Chile. Se vivió bajo un sistema que impuso la fuerza en todo el acontecer social, y el quehacer cultural se menoscabó desde niveles que hoy hacen ardua la tarea de recuperar. Situación que, desde luego, incidió y aún incide en el trabajo literario, bajo aspectos de marginalidad y carencias. Como una forma de querer obviar la creación contestataria que se daba en el país, se inventa la idea de un supuesto «apagón cultural» que, con

los años hemos reconocido no era tal. En Chile los escritores estaban produciendo. De lo que se trataba era de la inexistencia de canales que permitieran dar a conocer sus obras. La industria editorial estaba destruida, los diarios y revistas controlados y en los espacios masivos de difusión la literatura no era considerada. Frente a eso, muchos escritores recurrieron al expediente de la autoedición, desafiaron los mecanismos de la censura y dieron a conocer sus obras aunque más no fuera en círculos reducidos. Por ello, para reconstruir fielmente la expresión literaria de esos años, se debe o deberá recurrir a ese sinfín de publicaciones artesanales que se editaron. Revistas como *Aumen*, *El organillo*, *Palabra Escrita*, *Huelén*, *Contramuro*, *La Castaña* o *La Gota Pura* son ejemplos de lo que decimos, y se suman a los libros, muchas veces fotocopiados o reproducidos a roneo que se publicaron.

Con el inicio de los años 80 la expresión pública de la SECh se amplía. Su quehacer se profundiza, y se convierte en un referente antidictatorial al que con frecuencia recurren las organizaciones de derechos humanos, entidades culturales, y los partidos políticos que no tienen espacios de expresión. La SECh emite una declaración pública que es conveniente recordar. Con el nombre de «Chile entre el dolor y la esperanza» señala en una de sus partes: «Nos duele la vigilancia que se cierne sobre cada expresión artístico—cultural. Nos duele la censura tanto económica como política que afecta a los creadores y editores como a los lectores. Nos duele nuestra propia autocensura, y ese miedo que hoy día ya no es suficiente para silenciarnos». Declaraciones como esas fueron constantes. Como igualmente los homenajes a Pablo Neruda, cuando nombrarlo era punto menos que un delito, y su libro *Confieso que he vivido* era impedido de circular dentro del país.

En esos mismos años, al interior de la SECh se produce la incorporación de una nueva generación de poetas y narradores. Alrededor de revistas marginales y pequeños grupos literarios se organiza el Colectivo de Escritores Jóvenes. Un colectivo compuesto por autores que, más allá de sus diferencias estéticas, tienen en común la voluntad de buscar soluciones plurales a los problemas que viven, y entienden que la SECh es un espacio que necesitaba revitalizarse. Escritores a los que se

les denominó «Generación N.N.», «Generación del Roneo», o del «Golpe», aludiendo con esos nombres las condiciones en que se proyecta su trabajo o la época histórica en que se incorporan a la creación literaria. «La idea — se indicó en el manifiesto que dio vida al colectivo — es combatir la dispersión y el aislamiento en que se encuentran los creadores jóvenes; y generar actividades que los comuniquen entre sí y les permitan difundir sus trabajos». De ese colectivo, que tuvo su antecedente en la Unión de Escritores Jóvenes formada en la SECh algunos años antes, nacen numerosas iniciativas. Recitales, foros, vigili-as por los derechos humanos, maratones poéticas. Se edita la revista *Hoja x Ojo* y siempre al amparo de la SECh se realiza en mayo de 1984 el «Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes». 155 escritores concurren desde diferentes partes del país y muchos de ellos viven su retorno a Chile después de vivir en el exilio. Son días limitados por toques de queda y en las calles se viven las primeras jornadas de protesta. Sin embargo, nada frena el ímpetu de los escritores, y al tiempo que se crea con oficio y responsabilidad literaria, se interviene en los acontecimientos sociales del momento. La literatura chilena se crea desde límites marginales, y se convierte en una fuente inagotable para conocer la historia cotidiana de la dictadura. En esa época, y desde la perspectiva de escritores jóvenes, se veía en la SECh una posibilidad de vincularse con escritores mayores, a pesar que muchos de ellos estaban fuera del país. Ese diálogo se genera en las actividades que organiza la Comisión de Cultura de la SECh, y también a través de iniciativas como el Taller de Poesía por Correspondencia que desde París coordinaba el poeta Juan Samuel y que permitió un intercambio de libros y experiencias entre los escritores que residían en y fuera del país. En tal sentido, la SECh fue un espacio de diálogo entre iguales, y una alternativa de generar actividades para la difusión del trabajo literario que cada cual desarrollaba. La Comisión de Cultura, dirigida durante varios períodos por el poeta Carlos Mellado, es el medio a través del cual la SECh concreta su trabajo de extensión e intercambio literario. Sus acciones son innumerables. Ha organizado presentaciones de libros, conferencias y ciclos de lecturas con poetas y narradores. También se ha preocupado

de recibir a los invitados extranjeros que visitan la «Casa del Escritor», y de los encuentros con autores esenciales en la literatura chilena, como Nicanor Parra, Jorge Teillier, Fernando Alegría, Mario Ferrero, Diego Muñoz, Humberto Díaz Casanueva y Juvencio Valle, entre otros.

En ese mismo año 1984, y después de varios años de anormalidad institucional, se realizan las primeras elecciones democráticas al interior de la SECh y resulta electo presidente el ensayista Martín Cerda. Los aires políticos del país se remecan con las protestas populares y la SECh sigue haciéndose presente con su palabra. Una vez más, y entre otros problemas, el exilio de los escritores chilenos preocupa. Se manifiesta, entre otros, en los nombres de Armando Cassígoli, Luis Enrique Délano, Franklin Quevedo, y en el de Guillermo Atías, fallecido en París.

Durante la presidencia de Martín Cerda, reelegido en su cargo el año 1986, la SECh se incorpora al referente «Asamblea de la Civilidad», que se crea para unificar a los diferentes sectores de la oposición al régimen militar. Dicha posición le significa perder la subvención económica que recibía del Ministerio de Educación, y ser excluida del jurado que dirime el Premio Nacional de Literatura, hecho este último que aún perdura al no derogarse la normativa legal que lo establece. Hecho injusto, por cuanto la SECh fue la inspiradora del premio y son los propios escritores los más idóneos para juzgar los méritos de sus pares. El manejo ideológico del Premio Nacional a partir de 1973 implicó que, salvo tres o cuatro excepciones, se le otorgara a escritores de dudosos méritos literarios, obsecuentes a la dictadura militar; y que se privara de tal reconocimiento a escritores de inobjetable trayectoria y calidad, como Andrés Sabella, Daniel Belmar y Diego Muñoz, todos ya fallecidos.

En el quehacer institucional, la SECh se ve fortalecida por la creación de sus filiales en ciudades como Chiloé, Temuco y La Serena; y se define una línea de trabajo que tiene como centro la profesionalización del escritor chileno y la solución de los problemas que afectaban su quehacer.

Entre esos problemas, se encontraba en primer lugar la defensa de la libertad de expresión. Con la imposición de la

dictadura se establecen una serie de normas que impedían la libre impresión y distribución de las obras literarias. Estas debían pasar por la lectura de censores anónimos, los cuales muchas veces se demoraban largo tiempo en resolver la conveniencia de un texto o bien nunca entregaban una respuesta. Frente a la censura se aprecian tres diferentes actitudes. Unos deciden guardar sus obras para ser publicadas en tiempos mejores, otros lo hacen obviando las restricciones y ateniéndose a las consecuencias que eso podía ocasionarles; y en tercer lugar están los que optan por publicar obras que no tengan relación con aspectos políticos.

En relación a la censura y a las actitudes mencionadas, se puede señalar que la mayoría de los escritores optaron por publicar sus obras, lo cual significó superar en los hechos la censura administrativa, y de algún modo fue el anticipo del fenómeno que se produce cuando el Gobierno Militar decide terminar con la censura legal. Nos referimos al auge de los libros testimoniales, como los de Patricia Verdugo y otros que dieron cuenta del atentado al General Prats, del asesinato de Tucapel Jiménez, o de las experiencias vividas por los prisioneros de Dawson.

Conjuntamente con la censura, el escritor en Chile se ve enfrentado a una profunda crisis editorial que atenta contra la adecuada difusión de su trabajo. Las editoriales existentes en 1973 desaparecen o se ven reducidas a una mínima actividad. Hasta el final de la década de los setenta, en Chile se publicó un promedio de sólo 400 nuevos títulos al año, en tiradas que no superaban los mil ejemplares. Títulos que, además, quedaban muchas veces en el anonimato por la inexistencia de una crítica literaria que diera cuenta de ellos. Con respecto a la crítica literaria, cabe señalar que ella sufrió un serio deterioro, tanto por la falta de medios donde ejercerla, como por su disminución en centros universitarios que antes se dedicaron a su desarrollo. Importantes críticos y profesores especializados emigran a universidades extranjeras, generándose un vacío significativo en el desarrollo teórico y práctico de la crítica literaria en Chile. Ello, obviamente tiene sus efectos en la apreciación de las obras que se producen y en la vinculación con los lectores. Frente a esas carencias, los escritores recu-

rran al expediente de autoeditar sus obras. Primero a través de revistas y trípticos, y enseguida con libros que en su confección presentan elementos artesanales y de bajos costos. Libros que, como ya se ha dicho, tienen una circulación limitada y fuera de los canales habituales. Los escritores asumen la labor de los editores y deben responsabilizarse de la distribución y venta de sus obras, con resultados que no siempre les son favorables. En esa crisis del libro, como lo señalara Bernardo Subercaseaux en un artículo publicado en el boletín de la SECh del año 1986, «los escritores conforman probablemente uno de los segmentos más perjudicados (...) El libro es para ellos cauce y soporte de su expresividad creativa, y un instrumento insustituible de aprendizaje del oficio. Los libros son el taller literario permanente con que necesita dialogar todo escritor, y son además — aunque con menor frecuencia de lo que sería deseable — una fuente potencial de ingresos y de trabajo».

A la crisis editorial o del libro, se le une casi de inmediato la del lector. La falta de estímulos, el valor comercial de los libros y la influencia de medios de comunicación como la televisión, repercuten sensiblemente en la adquisición y lectura de libros. Se genera un círculo vicioso en el cual la reducción de los lectores repercute en la tirada de los libros que se editan, y ésta en los precios de las publicaciones. Un círculo que empobrece a todos, y que a los escritores los hizo buscar medios alternativos para dar a conocer sus obras. Lecturas públicas, foros, actividades de taller son algunas formas de acortar las distancias entre los lectores y el autor. Lecturas que son acompañadas por un público interesado, al igual como lo son las personas que recurren al espacio que aporta un taller literario para la entrega de sus escritos. Medios que, a pesar de su importancia, tienen un efecto mínimo, y obviamente plantean una confrontación desigual frente a la televisión, el video u otros recursos de expresión cultural. La creación literaria, en consecuencia, asume una condición de doble marginalidad, tanto por las condiciones en que se produce, como en las posibilidades de difusión que tiene.

Frente a la crisis editorial y de los lectores, la Sociedad de Escritores de Chile promovió desde un comienzo la iniciativa

de legislar en torno al libro, reclamando en muchos períodos por la derogación de los impuestos que afectan su comercialización, y por una normativa que contribuya a incrementar la actividad editorial y a promover el hábito de leer. Una iniciativa que, impulsada por otros agentes vinculados al libro, ha terminado por ser acogida en un proyecto de Ley del Libro y del Fomento a la Lectura que por estos días el actual Gobierno de Chile ha enviado al Parlamento, para su estudio y promulgación.

En dicho proyecto se reconoce al libro como «un instrumento eficaz e indispensable para el incremento y transmisión de la cultura». Enunciado conocido, pero hasta ahora nunca recogido en una iniciativa con finalidad de convertirse en norma legal y preocupación Estatal.

Recomponer el conjunto de las preocupaciones de la SECh en los años pasados implicaría señalar una serie de actividades que excederían los límites de este trabajo. En su interior se han manifestado las inquietudes de la mayoría de los escritores y su accionar le ha permitido ganar un prestigio que es reconocido en todas las instancias sociales. En ella está el aporte de muchos creadores. Desde los consagrados hasta los más jóvenes, o anónimos. Está la presencia de los autores que han producido en Chile y también de los que han creado en el exilio. Su labor, pese a la carencia de recursos o la indiferencia de escritores que prefirieron apostar a sus intereses individuales, recogió en los años de la dictadura el tradicional anhelo libertario y progresista del escritor chileno, e interpretó el sentir de muchos chilenos que no tenían la posibilidad de dar a conocer su pensamiento. Tal posición es aquilatada, cuando a mediados del año 1990, la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación requiere el aporte de la SECh en la confección del Informe Rettig, proponiendo ésta, entre otras medidas, que se cree un concurso literario que tenga como tema los derechos humanos.

Hoy, en un nuevo tiempo, muchos de los problemas que afectan al escritor en Chile siguen vigentes, y la SECh como entidad gremial debe procurar que se superen. La creación literaria en nuestro país es creciente y renovada. Así lo dicen las obras de los escritores reconocidos y la de muchos que

asumieron el oficio en los años de dictadura. También lo demuestran la infinidad de talleres literarios que existen, la cantidad de participantes en los concursos, y sobre todo, la continua publicación de obras. Hay una nueva poesía que sigue el cauce de nuestros grandes poetas, y una narrativa variada y sólida, como pocas veces se había apreciado, con un valioso aporte de escritoras que han asumido la tarea de recrear el mundo y el lenguaje de la mujer. La historia más reciente, su horror e injusticia aún impregnan gran parte de los contenidos temáticos, y lo hará hasta el momento en que en Chile se borren definitivamente las huellas de la dictadura. Los escritores seguirán siendo los testigos ineludibles de su tiempo, y más allá de los exitismos momentáneos, la literatura que prevalecerá será aquella que refleje la realidad que nos rodea y compromete. Para ello, deseamos crear las condiciones que aseguren una real profesionalización del escritor, y que la difusión de sus obras no esté al arbitrio de los mecanismos de un mercado manipulable ni sea exclusiva para los escritores más próximos al Gobierno de turno. Deseamos recuperar la capacidad editorial de antaño y sobre todo a ese lector en crisis, desligado lamentablemente de la obra que están produciendo sus escritores.

Escribir y vivir en Chile fue y será un desafío de imaginación y trabajo. Un desafío que los escritores acogieron con responsabilidad en el pasado más reciente, y que hoy asumen como protagonistas de un tiempo que revaloriza el valor de la vida y la palabra. Un tiempo que también se espera sea fructífero en término de esas políticas culturales que se precisan definir para garantizar condiciones adecuadas al oficio de escribir y que ayuden a revertir los problemas ya señalados.

Políticas que proyecten la creación literaria. Que doten a los escritores y artistas en general de un apropiado sistema de previsión social, para que no se repitan los casos recientes del poeta Rolando Cárdenas o del ensayista Martín Cerda, que padecieron al final de sus días ese desamparo que parece reservar Chile para los intelectuales y artistas. Políticas que en el ámbito de los lectores permitan recomponer el hábito de lectura que caracterizó a los chilenos en años pasados, y se

restablezca esa necesidad única de abrir un libro y dejarse ganar por los conocimientos, la sensibilidad o la fantasía de un autor. Que incentiven a las universidades del país a recuperar la actividad de investigación y difusión literaria, como la que hiciera décadas atrás la Universidad de Chile, apoyando concursos, becas, talleres y publicaciones. En esa línea de acción la SECh concentra sus esfuerzos. A través de ella se busca reflejar el sentir de los escritores y que sea el eje que dinamice sus creaciones. Para eso, se ha implementado un trabajo a nivel de las distintas regiones de Chile, se editó la revista **Simpson 7**, y se trabaja en la organización de un congreso internacional de escritores que, bajo el lema «Juntémonos en Chile», pretende posicionar al escritor chileno en su medio, incentivar el conocimiento de sus obras y establecer vínculos directos con escritores de otros países. Una tarea no exenta de incompreensión, pero que se asume con la misma voluntad que tuvieron, entre otros, Mariano Latorre, Marta Brunet, Joaquín Edwards Bello, Antonio Acevedo Hernández y Benjamín Subercaseaux cuando en 1931 crearon la SECh con la intención de obtener mayores garantías para los escritores chilenos. Una tarea vigente mientras la sociedad siga condenando al escritor a la marginalidad, lo considere como un producto más del mercado o piense en él como un iluminado ajeno a las necesidades inmediatas de todo hombre.